

[Informe en el Tercer Congreso Panruso de los Sindicatos]

León Trotsky

Abril de 1920

(Tomado de *Terrorismo y comunismo, Obras escogidas de León Trotsky en español, EIS*, páginas 88-113, formato pdf. Hasta el momento no podemos presentar el texto completo del informe. Presentamos aquí el que el mismo Trotsky reproduce en su obra, en la que advierte que: “*Con el fin de poner al lector al corriente de la esencia misma de las cuestiones referentes a la organización del trabajo, como las que se presentan ahora ante nosotros, el autor de este libro cree hacer una cosa útil reproduciendo el informe que presentó al Tercer Congreso Panruso de los Sindicatos. Para mayor claridad, estará completado por numerosos pasajes tomados de los informes presentados por el autor al Congreso Panruso de los Sóviets de Economía Popular y al Noveno Congreso del Partido Comunista Ruso.*”)

Informe sobre la organización del trabajo

¡Camaradas! La guerra civil termina. En el frente oeste la situación sigue siendo incierta. Aún es posible que la burguesía polaca desafíe a su propio destino... Pero si esto ocurriera (y nosotros no hacemos nada para provocarlo), la guerra no exigirá de nosotros la abrumadora tensión de fuerzas que la lucha simultánea en cuatro frentes ha requerido. La terrible presión de la guerra se debilita. Las necesidades y labores económicas atraen cada vez más nuestra atención. La historia nos coloca directamente frente a nuestra obra fundamental: la organización del trabajo sobre nuevas bases sociales. En el fondo, la organización del trabajo constituye la organización de la nueva sociedad, porque toda sociedad descansa en el trabajo. Si la sociedad vieja estaba basada en una organización del trabajo que beneficiaba a la minoría, la cual disponía del instrumento de presión gubernamentalmente contra la inmensa mayoría de los trabajadores, nosotros realizamos ahora la primera tentativa que la historia universal registra de organización del trabajo en beneficio de la clase obrera. Esto, sin embargo, no excluye el instrumento de presión en todas sus formas, de las más suaves a las más rudas. El elemento de presión, de coerción, no sólo no abandona la escena histórica, sino que, por el contrario, desempeñará un papel importantísimo durante un periodo bastante considerable.

Siguiendo la regla general, el hombre procurará librarse del trabajo. La asiduidad no es una virtud innata en él; se crea por la presión económica y por la educación del medio social. Puede afirmarse que el hombre es un animal bastante perezoso. En el fondo, en esta cualidad, principalmente, se ha fundamentado el progreso humano. Si el hombre no hubiese tratado de ahorrar sus fuerzas, si no se hubiese esforzado en conseguir con el mínimo de energía el máximo de productos, no habría habido un desarrollo de la técnica ni cultura social. Considerada, pues, desde este punto de vista, la pereza del hombre es una fuerza progresista. El viejo marxista italiano Arturo Labriola ha llegado a imaginar al hombre futuro como un “holgazán genial y feliz”. Sin embargo, no hay que deducir de esto que el partido y los sindicatos deban preconizar esta cualidad como un deber moral. No es necesario. En Rusia, la pereza es excesiva. La obra de organización social consiste precisamente en introducir la “pereza” en cuadros definidos, para disciplinarla, y en estimular al hombre con el auxilio de los medios y medidas que él mismo imaginó.

La obligación del trabajo

La clave de la economía es la mano de obra, sea ésta cualificada, poco cualificada, bruta, etc. Hallar los medios para llegar a conocerla con exactitud, para movilizarla, repartirla, utilizar de modo productivo, significa resolver prácticamente el problema de nuestra reconstrucción económica. Esta es la obra de toda una época; obra grandiosa. Su dificultad aumenta porque tenemos que reorganizar el trabajo sobre bases socialistas, en condiciones de una enorme y espantosa pobreza.

Cuanto más se gasta la herramienta y más se deterioran el material móvil y los ferrocarriles, menos posibilidades tenemos de recibir del extranjero en plazo breve una cantidad algo respetable de máquinas, y la cuestión de la mano de obra adquiere más importancia. Al parecer, disponemos de una mano de obra muy considerable. Pero ¿cómo reunirlos? ¿Cómo llevarla al pie de la obra? ¿Cómo organizarla industrialmente? Cuando este invierno emprendimos la labor de quitar la nieve que hacía impracticables las vías férreas, chocamos ya con grandes dificultades, que no pudimos vencer con la compra de mano de obra por la depreciación del dinero y la ausencia casi completa de artículos manufacturados. Las necesidades de combustible no pueden satisfacerse, ni aun parcialmente, sin la utilización de una tal cantidad de fuerza obrera como nunca se ha empleado para la tala de árboles y la extracción de la turba y la hulla. La guerra civil ha destruido las vías férreas, los puentes, las estaciones. Para la producción en gran escala de madera de arder, de turba, como para otros trabajos, se necesitan locales para los trabajadores, aunque sólo sean campamentos provisionales de barracas. De aquí se infiere, además, la necesidad de una importante mano de obra para los trabajos de construcción. También es necesaria una considerable cantidad de mano de obra para la organización del servicio fluvial. Y así sucesivamente.

La industria capitalista se alimentaba en grandes proporciones de mano de obra auxiliar entre los elementos que emigraban del campo. La falta de tierras de labor, que se hacía notar cruelmente, lanzaba al mercado constantemente cierto sobrante de mano de obra. El estado, por el establecimiento de impuestos, la obligaba a venderse. El mercado ofrecía mercancías al campesino. A la hora presente, esta situación ha desaparecido. El campesino tiene más tierra, pero como le faltan los instrumentos agrícolas, necesita más fuerza obrera.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible. Además, la industria no puede dar casi nada al campo, y el mercado no ejerce ninguna atracción sobre la mano de obra.

Esta, no obstante, nos es más necesaria que nunca. No es sólo el obrero quien tiene que dar su fuerza al poder soviético, para que la Rusia trabajadora y, con ella, los trabajadores mismos no sean aplastados; necesitamos también la fuerza de los campesinos. El único medio de procurarnos la mano de obra precisa para las labores económicas actuales es la implantación *de la obligación del trabajo*.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible para los comunistas: “Quien no trabaja, no come”. Y como todos tienen que comer, todos están obligados a trabajar. La obligación del trabajo está fijada en nuestra constitución y en el código del trabajo. Pero hasta hoy sólo era un principio. Su aplicación no había tenido más que un carácter accidental, parcial, episódico. Sólo ahora, frente a las cuestiones que origina la reorganización del país, se ha impuesto ante nosotros en su realidad implacable la necesidad de la obligación del trabajo. La única solución regular, tanto en principio como en la práctica, consiste en considerar a toda la población del país como una reserva necesaria de fuerza obrera (como una fuente casi inagotable), y en organizar en un orden rigurosamente establecido el recuento, la movilización y la utilización.

¿Cómo cooptar prácticamente la mano de obra sobre la base de la obligación del trabajo?

Hasta hoy, sólo el ministerio de la guerra tenía experiencia en lo que se refiere a censo, movilización, formación y traslado de grandes masas. Nuestro departamento de la guerra ha heredado del pasado, en gran parte, sus métodos y reglas técnicas. No hemos podido conseguir semejante herencia en el dominio económico, porque aquí intervenía un principio de derecho privado y la mano de obra aflúa directamente a las diversas empresas industriales del mercado del trabajo. Era, pues, natural, desde el momento en que estábamos obligados a ello y, sobre todo, al principio, que utilizáramos, en gran escala, la maquinaria del ministerio de la guerra para la movilización de las fuerzas obreras.

En el centro y en provincias hemos creado órganos especiales para velar por el cumplimiento de la obligación del trabajo; a este respecto, funcionan ya comités en los gobiernos, en los distritos, en los cantones. Se apoyan principalmente en los órganos centrales y locales del departamento de la guerra. Nuestros centros económicos: el Consejo Superior de Economía Popular, el Comisariado de Agricultura, el Comisariado de Transportes, el Comisariado de Abastecimientos, determinan la mano de obra que necesitan. El Comité Central de la Obligación del Trabajo recibe todas estas demandas, las coordina, las pone en relación con las fuentes locales de mano de obra, da las instrucciones correspondientes a sus órganos locales y realiza, por medio de ellos, la movilización de las fuerzas obreras. En las regiones, gobiernos y distritos, los órganos locales ejecutan autónomamente este trabajo, para satisfacer las necesidades económicas locales.

Toda esta organización no ha sido más que ligeramente esbozada. Dista mucho de ser perfecta. Pero el camino emprendido es indiscutiblemente el correcto.

Si la organización de la nueva sociedad tiene por base una organización nueva del trabajo, esta organización requiere a su vez la implantación regular del trabajo obligatorio. Las medidas administrativas y de organización son insuficientes para realizar esta obra que abarca los fundamentos mismos de la economía pública y de la existencia, que choca con los prejuicios y hábitos psicológicos. La efectividad del trabajo obligatorio supone, por una parte, una obra colosal de educación, y, por otra, la mayor prudencia en el modo práctico de realizarla.

La utilización de la mano de obra debe ser hecha con la mayor economía. Cuando hayan de verificarse movilizaciones de fuerza obrera, es indispensable tener presente las condiciones de vida económica de cada región y las necesidades de la industria agrícola de la población local. Hay que tomar en consideración, en lo posible, los recursos que existían antes, los elementos emigrantes locales, etc. Es preciso que los traslados de la mano de obra movilizada se hagan a pequeñas distancias, es decir, que se la tome de los sectores más próximos al frente del trabajo. Es menester que el número de los trabajadores movilizados corresponda a la magnitud de la obra económica. Es necesario que los trabajadores movilizados sean provistos a tiempo de víveres y de instrumentos de trabajo y que tengan al frente a técnicos competentes, dotados de espíritu de iniciativa. Hay que convencer a los trabajadores de que su mano de obra se utiliza con previsión y sin parsimonia y que no se gasta en vano. Siempre que sea posible, deberá sustituirse la movilización directa por el trabajo: es decir, imponer a un determinado cantón la obligación de suministrar, en un tiempo dado, tantos *estéreos* de madera, o transportar hasta tal o cual estación tantos quintales de minerales, etc. En este dominio, es preciso aprovecharse particularmente de la experiencia adquirida, dar al sistema económico la mayor flexibilidad posible, tener en cuenta los intereses y costumbres locales. Pero es igualmente indispensable creer firmemente que el principio mismo de la obligación del

trabajo ha sustituido tan radical y victoriosamente al del reclutamiento voluntario como la socialización de los medios de producción a la propiedad capitalista.

La militarización del trabajo

La obligación del trabajo sería imposible sin la aplicación (en alguna medida) de los métodos de militarización del trabajo. Esta expresión nos introduce de un golpe en el dominio de las más grandes supersticiones y de los clamores de oposición.

Para comprender lo que se entiende por militarización del trabajo en el estado obrero y cuáles son sus métodos, hay que tener una idea clara del modo en cómo se ha efectuado la militarización del ejército mismo que, según todos recuerdan, estaba muy lejos de poseer en el primer período las cualidades “militares” requeridas. En estos dos últimos años, el número de soldados que hemos movilizado no es tan alto como el de sindicatos en Rusia. Pero los sindicatos son obreros, y sólo un 15 por 100 de ellos forma parte del Ejército Rojo; el resto de éste está constituido por la masa campesina. No obstante, sabemos, sin que esto ofrezca lugar a dudas, que el verdadero organizador y creador del Ejército Rojo es el obrero avanzado, procedente de las organizaciones sindicales o del partido. Cuando la situación en los frentes de combate se hacía difícil, cuando la masa campesina recientemente movilizada no daba pruebas de firmeza bastante, nos dirigimos a la vez al comité central del partido comunista y al sóviet de los sindicatos. De estos dos organismos salieron los obreros avanzados que marcharon al frente a organizar el Ejército Rojo a su imagen, a educar, temprar, militarizar a la masa campesina.

Es éste un hecho que debe recordarse con claridad, porque arroja mucha luz sobre la idea misma de la militarización, tal como se concibe en el estado obrero y campesino. La militarización del trabajo ha sido proclamada más de una vez y realizada en diferentes sectores económicos de los países burgueses, tanto en occidente como en Rusia zarista. Pero nuestra militarización se distingue de esas otras por sus fines y métodos, como el proletariado consciente y organizado para conseguir su emancipación se distingue de la burguesía consciente y organizada para la explotación.

De esta confusión, tan inconsciente como mal intencionada, de las formas históricas de la militarización proletaria y socialista con la militarización burguesa, dimanar la mayor parte de los prejuicios, errores, protestas y gritos provocados por esta cuestión. En este modo de interpretar las cosas se ha basado totalmente la actitud de los mencheviques, nuestros kautskystas rusos, tal como manifiesta en su declaración de principios, presentada al actual Congreso de los Sindicatos.

Los mencheviques no hacen más que declararse enemigos de la militarización del trabajo, como también de la obligación del trabajo. Rechazan estos métodos como “coercitivos”. Proclaman que la obligación del trabajo provocará una bajada de la productividad. En cuanto a la militarización, no tendrá; según ellos, otro efecto que un gasto inútil de mano de obra.

“El trabajo obligatorio ha sido siempre poco productivo”, tal es la expresión exacta de la declaración de los mencheviques. Esta afirmación nos traslada al centro mismo de la cuestión. Porque, en nuestra opinión, no se trata en modo alguno de saber si es prudente o insensato declarar tal o cual fábrica en estado de guerra; si debe concederse al Tribunal Revolucionario Militar derecho a castigar a los obreros corrompidos que roban las materias primas y los instrumentos que nos son tan útiles o que nos sabotean. No, la cuestión está planteada por los mencheviques de un modo mucho más profundo. Al afirmar que la obligación del trabajo es *siempre* poco productiva, se esfuerzan en destruir toda nuestra obra económica en la época de transición, porque no puede pensarse

en pasar de la anarquía burguesa a la economía socialista sin recurrir a la dictadura revolucionaria y a los métodos coercitivos de organización económica.

En el primer punto de la declaración de los mencheviques se afirma que vivimos en la época de transición de las formas de producción capitalista a las formas de producción socialista. ¿Qué quiere decir esto exactamente? Y, sobre todo, ¿de dónde proceden semejantes aforismos? ¿Desde cuándo creen esto nuestros kautskystas? Nos han acusado (y éste fue el motivo de nuestros desacuerdos) de utopismo socialista; afirmaban (y esto constituía el fondo de su doctrina) que no puede realizarse en nuestra época el paso al socialismo, que nuestra revolución no es más que una revolución burguesa, que nosotros, comunistas, no hacemos otra cosa con destruir el sistema económico capitalista, que no hacemos adelantar un paso a la nación, que la hacemos, por el contrario, retroceder. En esto consistía el desacuerdo fundamental, la divergencia profunda, incompatible, de la que derivaban todas las restantes diferencias. Ahora, los mencheviques nos indican de paso, en los preliminares de su resolución, como algo que no necesita prueba, que estamos en el período de transición del capitalismo al socialismo; confesión totalmente inesperada, que se parece mucho a una completa capitulación de ideas, y hecha con tanta facilidad y ligereza que, como toda la declaración demuestra, no impone ninguna obligación revolucionaria a los mencheviques. Estos siguen siendo en bloque prisionero de la ideología burguesa. Después de haber reconocido que caminamos hacia el socialismo, los mencheviques luchan con todo el furor posible contra estos métodos, sin los cuales, en las actuales condiciones graves y penosas, es imposible el paso al socialismo.

“El trabajo obligatorio [nos dicen] es poco productivo”. Nosotros les preguntamos: ¿Qué entendéis por trabajo obligatorio al hacer esa afirmación? Dicho de otro modo, ¿a qué trabajo es antinómico? Aparentemente al trabajo libre. ¿Qué debe entenderse en este caso por trabajo libre? Esta idea ha sido formulada por los ideólogos progresistas de la burguesía en su lucha contra el trabajo obligatorio, es decir, contra la servidumbre de los campesinos y contra el trabajo regularizado, reglamentado, de los artesanos. Por trabajo libre se entendía el que podía comprarse “libremente” en el mercado de trabajo. La libertad se reducía a una ficción jurídica sobre la base de la venta libre del asalariado. No conocemos en la historia otra forma de trabajo libre. Que los pocos mencheviques que asisten a este congreso nos expliquen lo que entienden por trabajo libre, no coercitivo, si no es la libre venta de la mano de obra.

La historia ha conocido la esclavitud, la servidumbre, el trabajo reglamentado de las corporaciones de la Edad Media. Hoy, en todo el universo, impera el salariado, que los escritoruelos amarillos de todos los países oponen como una libertad superior a “la esclavitud” soviética. Nosotros, en cambio, oponemos a la esclavitud capitalista el trabajo social y regulado, basado en un plan económico, obligatorio para todos y, por consiguiente, obligatorio para todo obrero del país. sin él es imposible hasta pensar en el advenimiento del socialismo. El elemento de presión material, física, puede ser más o menos grande; esto depende de muchas condiciones: del grado de riqueza o pobreza del país, del nivel cultural, del estado de los transportes y del sistema de dirección, etc.; pero la obligación y, por consiguiente, la coerción es la condición indispensable para refrenar la anarquía burguesa, para la socialización de los medios de producción y de los instrumentos de trabajo y para la reconstrucción del sistema económico con arreglo a un plan único.

Para un liberal, libertad significa, en último resultado, venta libre de la mano de obra. ¿Puede o no comprar un capitalista a un precio aceptable la fuerza de trabajo? Esta es la única unidad de medida de la libertad de trabajo para un liberal, y esta medida es falsa, no sólo con respecto al porvenir, sino también con respecto al pasado.

Sería absurdo creer que cuando existía la servidumbre se efectuaba el trabajo solamente ante la amenaza de la presión física, y que el jefe de galeras estaba, látigo en mano, detrás del pobre campesino. Las formas económicas de la Edad Media se debían a ciertas condiciones económicas y originaban costumbres a las que el campesino se había adaptado, que en determinados momentos había creído justas, o cuya perennidad, por lo menos, había admitido siempre. Cuando bajo el influjo del cambio de las condiciones materiales, adoptó una actitud hostil hacia ellas, el gobierno le sujetó por la fuerza material, probando de este modo el carácter coercitivo de la organización del trabajo.

Sin las formas de coerción gubernamental que constituyen el fundamento de la militarización del trabajo, la sustitución de la economía capitalista por la economía socialista no sería más que una palabra falta de sentido. ¿Por qué hablamos de militarización? Ni que decir tiene que sólo por analogía, pero por una analogía muy significativa. Ninguna organización social, aparte del ejército, se ha creído con derecho a subordinar tan completamente a los ciudadanos, a dominarlos tan totalmente por su voluntad, como el gobierno de la dictadura proletaria. Sólo el ejército (precisamente porque ha resuelto a su manera las cuestiones de vida y muerte de las naciones, de los estados, de las clases dirigentes) ha adquirido el derecho a exigir del individuo una sumisión completa a los trabajos, a los fines, a los mandatos y a las ordenanzas. Y lo ha conseguido sobre todo porque los trabajos de organización militar coincidían con las necesidades del desenvolvimiento social.

Hoy, la cuestión de vida o muerte de la Rusia de los sóviets se decide en el frente de trabajo. Nuestras organizaciones económicas con nuestras organizaciones sindicales e industriales tienen derecho a exigir de sus miembros toda la abnegación, toda la disciplina, toda la puntualidad que hasta ahora sólo ha exigido el ejército.

Por otra parte, la actitud del capitalista con respecto al obrero, no se fundamenta sólo en un contrato “libre”; contiene también poderosos elementos de reglamentación gubernamental y de presión material.

La concurrencia entre capitalistas ha presentado un semblante de realidad a la ficción de la libertad de trabajo. Pero esta concurrencia, reducida el mínimo por los sindicatos y los *trusts*, ha sido destruida completamente por nosotros al abolir la propiedad privada de los medios de producción. El tránsito al socialismo, reconocido de palabra por los mencheviques, significa el paso del reparto desordenado de la mano de obra, gracias al juego de la compraventa, de las oscilaciones de los precios en el mercado y de los salarios, a una distribución racional de los trabajadores, hecha por los órganos de distrito, de provincia, de todo el país.

Este género de reparto supone la subordinación de los obreros sobre quienes recae al plan económico del gobierno. Y en esto consiste la obligación del trabajo, que, como elemento fundamental, entra inevitablemente en el programa de la organización socialista del trabajo.

Si es imposible una organización sistemática de la economía pública sin la obligación del trabajo, ésta, en cambio, es irrealizable sin la abolición de la ficción de la libertad de trabajo y su sustitución por el principio de la obligación, que completa la realidad de la coerción.

Cierto que el trabajo libre es más productivo que el obligatorio en lo referente al paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa. Pero es preciso ser un liberal, o un *kaustskysta* en nuestros días, para eternizar esta verdad y extenderla a la época actual de transición del régimen burgués al socialista. Si es cierto, como dice la declaración de los mencheviques, que el trabajo obligatorio es siempre y cualesquiera que sean las circunstancias, menos productivo, nuestra reorganización económica está condenada a la ruina: pues no puede haber en Rusia otro medio para llegar al socialismo que una

dirección autoritaria de las fuerzas y los recursos económicos del país y un reparto centralizado de la fuerza de trabajo, conforme al plan general del gobierno. El estado proletario se considera con derecho a enviar a todo trabajador adonde su trabajo sea necesario. Y ningún socialista serio negará al gobierno obrero el derecho a castigar al trabajador que se obstina en no llevar a cabo la misión que se le encomiende. Mas (y esta es la razón de todo) la vía menchevique de paso al “socialismo” es una vía láctea, sin monopolio del trigo, sin supresión de los mercados, sin dictadura revolucionaria y sin militarización del trabajo.

Sin obligación del trabajo, sin derecho a dar órdenes y a exigir su cumplimiento, los sindicatos pierden su razón de ser, pues el estado socialista en formación los necesita, no para luchar por el mejoramiento de las condiciones de trabajo (que es la obra de conjunto de la organización social gubernamental), sino con el fin de organizar la clase obrera para la producción, con el fin de educarla, de disciplinarla, de distribuirla, de agruparla, de establecer ciertas categorías y fijar a ciertos obreros en sus puestos por un tiempo determinado, con el fin, en una palabra, de incorporar autoritariamente a los trabajadores, de acuerdo con el poder, en el plan económico único. Defender, en estas condiciones, la “libertad” de trabajo, equivale a defender la búsqueda inútil, ineficaz e incierta de mejores condiciones; el paso caótico, sin sistema, de una a otra fábrica en un país hambriento, en medio de la más espantosa desorganización de los transportes y abastecimientos. Aparte de la desagregación de la clase obrera y una completa anarquía económica, ¿cuál podría ser el resultado de esta insensata tentativa de combinar la libertad burguesa de trabajo con la socialización proletaria de los medios de producción?

La militarización del trabajo no es pues, camaradas, en el sentido que he indicado, un invento de algunos políticos u hombres de nuestro departamento militar, sino que aparece como un método inevitable de organización y disciplina de la mano de obra en la época de transición del capitalismo al socialismo. Si es cierto, como se afirma en la declaración de los mencheviques, que todas estas formas (reparto obligatorio de la mano de obra, su empleo pasajero o prolongado en determinadas empresas, su reglamentación conforme al plan económico gubernamental) conducen a una disminución de la productividad, haced una cruz sobre el socialismo, pues es imposible fundamentar el socialismo en la bajada de la producción. Toda organización social se basa en la organización del trabajo. Y si nuestra nueva organización del trabajo da por resultado una disminución de la producción, la sociedad socialista que se está formando camina fatalmente, por ese mismo hecho, hacia la ruina, cualquiera que sea nuestra habilidad y cualesquiera que sean las medidas de salvación que imaginemos.

Por estas razones, he dicho desde el principio que los argumentos mencheviques contra la militarización nos trasladan al centro mismo de la cuestión de la obligación del trabajo y de su influencia sobre la producción. ¿Es verdad que el trabajo obligatorio ha sido siempre improductivo? No hay más remedio que responder que éste es el más pobre y liberal de los prejuicios. Todo el problema se reduce a saber quién ejerce una presión, contra quién y por qué: qué estado, qué clase, en qué circunstancias, por qué métodos. La organización de la servidumbre fue, en determinadas condiciones, un progreso y trajo aparejado un aumento de la producción. La producción aumentó también considerablemente bajo el régimen capitalista y, por consiguiente, en la época de la compraventa libre de la mano de obra en el mercado del trabajo. Mas el trabajo libre y el capitalismo al completo, una vez dentro de la fase imperialista, se han arruinado definitivamente por la guerra. Toda la economía mundial ha entrado en un período de sangrienta anarquía, de terribles conmociones, de miseria, de agotamiento, de destrucción de las masas populares. En estas condiciones, ¿se puede hablar de la productividad del trabajo libre, cuando los frutos de este trabajo desaparecen diez veces más deprisa que se

crean? La guerra imperialista, con sus consecuencias, ha demostrado la imposibilidad de la existencia ulterior de una sociedad basada en el trabajo libre. ¿o posee alguien el secreto que permita separar el trabajo libre del *delirium tremens* del imperialismo, dicho en otros términos, de hacer retroceder a la humanidad cincuenta o cien años atrás? si fuese cierto que nuestra organización del trabajo (que ha de sustituir al capitalismo), que nuestra organización, establecida conforme a un plan y, por consiguiente, coercitiva, originará la ruina de la economía, esta organización significaría el fin de toda nuestra cultura, un retroceso de la humanidad hacia la barbarie y el salvajismo.

Por fortuna, no sólo para la Rusia de los sóviets, sino para toda la humanidad, la filosofía de la escasa productividad del trabajo obligatorio “siempre y cualesquiera que sean las condiciones en que se realice” está contenida en un viejo refrán liberal. La productividad del trabajo es una cantidad arbitraria en el conjunto de las circunstancias sociales más complejas, y no puede ser medida nunca, ni definida por adelantado como forma jurídica del trabajo.

Toda la historia de la humanidad es la historia de la organización y de la educación del hombre social para el trabajo, con el fin de obtener una mayor productividad. El hombre, como ya me he atrevido a decir, es un perezoso; es decir, se esfuerza instintivamente por obtener con el mínimo de esfuerzo el máximo de productos. Sin esta tendencia humana, no habría progreso económico. El desenvolvimiento de la civilización se mide por la productividad del hombre, y toda forma nueva de relaciones sociales debe soportar la prueba con esta piedra de toque.

El trabajo “libre” no ha nacido con toda su potencia productiva; sólo ha alcanzado una gran productividad progresivamente, por la aplicación prolongada de métodos de organización y educación del trabajo. Esta educación empleó los medios y procedimientos más diversos, que se modifican además según las épocas. Al principio, la burguesía expulsaba de su pueblo a latigazos al *mujik*, y le dejaba en medio del camino después de haberle despojado de sus tierras. Y cuando no quería trabajar en la fábrica, lo señalaba con un hierro candente, lo ahorcaba, lo enviaba a galeras, y acababa por acostumar al desdichado al trabajo de fábrica. En nuestra opinión, esta fase del trabajo “libre” difiere muy poco de los trabajos forzados, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales como desde el punto de vista legal.

En diversas épocas y en proporciones diferentes, la burguesía ha empleado simultáneamente el hierro candente, la represión y los métodos persuasivos. A este efecto, los sacerdotes le han prestado una inestimable ayuda. En el siglo XVI se reformó la antigua religión católica, que defendía el régimen feudal, y adaptó a sus necesidades una religión nueva (la Reforma), que combinaba la libertad del alma con la del comercio y el trabajo. Formó nuevos sacerdotes, que fueron sus guardianes espirituales y servidores devotos. Adoptó la escuela, la prensa, los municipios y el parlamento a su propósito de modelar las ideas de la clase trabajadora. Las diversas formas de salario (con jornal, a destajo, por contrato colectivo) no constituían en sus manos sino medios diversos de conseguir que el proletariado trabajara. A esto hay que añadir distintas formas de fomento del trabajo y de excitación al servilismo. En fin, la burguesía ha sabido apoderarse de las trade uniones (organizaciones de la clase obrera) y aprovecharse de ellas para disciplinar a los trabajadores. Ha aplacado a los líderes, y, por medio de ellos, ha convencido a los obreros de la necesidad del trabajo apacible, de que su obra sea irreprochable, de estricto cumplimiento de las leyes del estado burgués. La culminación de toda esta labor ha sido el sistema Taylor, en el cual los elementos de organización científica del proceso de la producción se combinan con los procedimientos más perfeccionados del sistema diaforético.

De lo dicho se deduce claramente que la productividad del trabajo libre no es algo determinado, establecido, presentado por la historia en bandeja de plata. ¡No! Es el resultado de una larga política tenaz, represiva, educadora, organizadora, estimulante, de la burguesía con respecto a la clase obrera. Poco a poco aprendió a exprimir una cantidad cada vez más mayor de productos del trabajo de los obreros, y el reclutamiento voluntario, única forma de trabajo libre, normal, sana, productiva y saludable, fue en sus manos un arma poderosa.

Una forma jurídica de trabajo que asegure por sí misma la productividad no ha existido nunca en la historia ni puede existir. La forma jurídica del trabajo se corresponde con las relaciones e ideas de la época. La productividad del trabajo se desenvuelve sobre la base del desarrollo de las fuerzas técnicas, de la educación del trabajo, en virtud de la adaptación progresiva de los trabajadores a los medios de producción, que se modifican constantemente, y a las nuevas formas de relaciones sociales.

El establecimiento de la sociedad socialista significa la organización de los trabajadores sobre nuevas bases y su adaptación a éstas, su educación con el fin de aumentar constantemente la productividad. La clase obrera, bajo la dirección de su vanguardia, debe darse a sí misma su educación socialista. Quien no comprenda esto, no entiende una palabra del abecé de la realización socialista.

¿Cuáles son, pues, nuestros métodos de reeducación de los trabajadores? Desde luego, son más vastos que los de la burguesía, y, además, honrados, justos, francos, limpios de toda hipocresía y de todo embuste. La burguesía tenía que echar mano de la mentira para presentar su trabajo como libre, cuando en realidad no sólo era socialmente impuesto, sino que estaba hasta esclavizado, puesto que era el trabajo de la mayoría en beneficio de la minoría. En cambio, nosotros organizamos el trabajo en interés de los obreros mismos, y por eso nada puede incitarnos a ocultar o encubrir el carácter socialmente obligatorio de su organización. No tenemos que contar cuentos de sacerdotes, de liberales ni de kautskystas. Decimos clara y francamente a las masas que no pueden salvar, educar y llevar el país socialista a una situación brillante sino a costa de un trabajo riguroso, de una severa disciplina y de la mayor puntualidad por parte de todo trabajador. El principal procedimiento que empleamos es la acción de la idea, la propaganda no de la palabra, sino del hecho. La obligación del trabajo reviste un carácter coercitivo, pero esto no quiere decir que suponga ninguna violencia contra la clase obrera. Si la obligación del trabajo hubiese chocado con la oposición de la mayoría de los trabajadores, habría quedado herido de muerte el régimen soviético. La militarización del trabajo, cuando se oponen a ella los trabajadores, es un procedimiento a lo Arakcheiev. La militarización del trabajo por la voluntad propia de los trabajadores mismos es un procedimiento de dictadura socialista. Que la obligación y militarización del trabajo no van en contra de la voluntad de los trabajadores, como ocurría con el trabajo “libre”, lo atestigua más que todo cuanto pudiera decirse la considerable afluencia de obreros voluntarios a los “sábados comunistas”, hecho único en los anales de la humanidad. Nunca ha presenciado el mundo una cosa semejante. Por su trabajo voluntario y desinteresado (una vez por semana y aún más en ocasiones) los obreros demuestran brillantemente que están dispuestos no sólo a soportar el peso del trabajo “obligatorio”, sino a dar al gobierno un suplemento de trabajo por añadidura. Los “sábados comunistas”, antes que manifestaciones espléndidas de solidaridad comunista, son la garantía más segura del éxito de la implantación de la obligación del trabajo. Y es preciso, por medio de una activa propaganda, aclarar, ampliar y fortalecer esta tendencia tan profundamente comunista.

El arma moral más fuerte de la burguesía es la religión, mientras que la nuestra es la explicación del verdadero estado de cosas, la difusión de los conocimientos naturales,

históricos y técnicos, la iniciación en el plan general de la economía gubernamental, sobre cuya base debe utilizarse la mano de obra de que dispone el poder soviético.

La economía política fue, en otro tiempo, el principal motivo de nuestra agitación: el régimen social capitalista era un enigma, y este enigma lo hemos descifrado ante las masas. Ahora, el mismo mecanismo del régimen soviético, que llama a los trabajadores a los puestos más distintos, ha revelado a las masas los enigmas sociales. A medida que avancemos, la economía política adquirirá una importancia histórica, y las ciencias, que sirven para escrutar la naturaleza y buscar los medios de someterla al hombre, ocuparán el primer plano.

Los sindicatos deben emprender, en la más grande escala, una obra de educación científica y técnica para que a todo obrero su propio trabajo le obligue a desarrollar la actividad teórica del pensamiento. Esta última, girando alrededor del trabajo, lo perfecciona y hace más productivo. La prensa debe ponerse a la altura de la misión del país, no sólo como lo hace hoy, es decir, en el sentido de una agitación general a favor de un recrudecimiento de la energía obrera, sino también de la discusión y examen de los trabajos, planes y medios económicos concretos, del modo de resolverlos y, sobre todo, de comprobar y apreciar los resultados adquiridos. Los periódicos deben seguir día a día la producción de las fábricas más importantes, registrando los éxitos y fracasos, ensalzando unos y denunciando los otros...

El capitalismo ruso, por su carácter atrasado, su independencia y los rasgos parasitarios que de ello resultan, había conseguido, en mucho menor grado que el capitalismo de Europa, instruir, educar técnicamente y disciplinar industrialmente a las masas obreras. Esta labor incumbe hoy exclusivamente a las organizaciones sindicales del proletariado. Un buen ingeniero, un buen mecánico o un buen ajustador deben gozar de tanta celebridad y tanta gloria como antes los militantes revolucionarios, los agitadores más conocidos, y en nuestros días los comandantes y comisarios del pueblo más bravos y capaces. Los grandes y pequeños directores de la técnica deben ocupar un puesto de honor en el espíritu público y hay que obligar a los malos obreros a que se avergüencen de no estar a la altura de su misión.

El pago de los salarios obreros en Rusia se hace todavía en dinero y es de presumir que así ocurra durante mucho tiempo. Pero cuanto más progreseemos, más importante resultará satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Entonces los salarios perderán su razón de ser. Hoy no somos lo bastante ricos para hacer una cosa semejante. El aumento de la cantidad de artículos manufacturados es la obra principal a la que todas las demás se subordinan. En el momento actual, tan sumamente difícil, los salarios no son para nosotros un medio de hacer más grata la existencia personal de cada obrero, sino un medio de apreciar lo que cada obrero aporta con su trabajo a la república proletaria.

Por esta razón, los salarios, tanto en dinero como en especie, deben ponerse en la mayor concordancia posible con la productividad del trabajo individual. En el régimen capitalista, el trabajo a destajo, la implantación del sistema Taylor, etc., tenían por objeto aumentar la explotación de los obreros y robarles la plusvalía. Una vez socializada la producción, el trabajo a destajo, etc., tiene por fin el acrecentamiento de la producción socialista y, por consiguiente, un aumento del bienestar común. Los trabajadores que contribuyen más al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte mayor del producto social que los perezosos, indolentes y desorganizadores.

El estado obrero, en fin, al recompensar a los unos, no puede menos que castigar a los otros, es decir, a los que con todo conocimiento de causa quebrantan la solidaridad obrera, destruyen el trabajo común y causan un daño considerable a la reorganización

socialista del país. La represión que tiene por objeto realizar las labores económicas, es un arma necesaria de la dictadura socialista.

Todas las medidas enumeradas, con algunas otras, deben asegurar el nacimiento de la emulación en el dominio de la producción. Sin esto, nos sería imposible elevarnos por encima de un nivel demasiado bajo. La emulación se basa en un instinto vital (la lucha por la existencia) que en el régimen burgués reviste un carácter de concurrencia. La emulación no desaparecerá en la sociedad socialista perfeccionada, pero revestirá, a medida que esté más asegurado el bienestar necesario a todos, un carácter cada vez más desinteresado y puramente ideológico. Se traducirá en una tendencia a prestar los mayores servicios posibles al pueblo, al distrito, a la ciudad y a la sociedad toda, y será recompensada con la popularidad, con el reconocimiento público, con la simpatía, o, tal vez, simplemente, con la satisfacción interna, resultado del sentimiento del buen cumplimiento de una obligación. Pero en el período de transición, lleno de dificultades, en condiciones de extrema pobreza material y escaso desarrollo del sentimiento de solidaridad social, la emulación ha de ir fatalmente ligada en cierto modo al deseo de asegurarse objetos de uso personal. Tal es, camaradas, el conjunto de medios de que dispone el gobierno proletario para aumentar la productividad del trabajo. Como vemos, no hay una solución preparada de antemano. La solución no figura en ningún libro. Por otra parte, no puede haber aún libro de soluciones. Nosotros no hacemos más que empezar a escribir con el sudor y la sangre de los trabajadores. Y os decimos: obreros y obreras, defended el trabajo reglamentario. Sólo perseverando en él llegaréis a construir la sociedad socialista. Os encontraréis frente a una obra que nadie realizará por vosotros: el aumento de la productividad del trabajo sobre nuevas bases sociales. No resolver el problema es perecer. Resolverlo, es hacer progresar a la humanidad considerablemente.

Los ejércitos del trabajo

Empíricamente y en modo alguno basándonos en consideraciones teóricas. Hemos llegado a plantear la cuestión de la utilización del ejército para el trabajo (cuestión que ha adquirido entre nosotros una gran importancia teórica). Por fuerza de las circunstancias, en algunos lugares apartados de la Rusia soviética habían permanecido cierto tiempo grandes contingentes del ejército sin tomar parte en ninguna operación militar. Llevarlos a otros frentes donde se combatía era, sobre todo en invierno, muy difícil, dada la desorganización de los transportes. Este fue el caso, por ejemplo, del III Ejército, que se encontraba en la región Ural. Los militantes que lo dirigían, comprendiendo que no nos era posible desmovilizar, plantearon por sí mismos la cuestión de su paso a la obra del trabajo y enviaron un proyecto más o menos perfecto de ejército del trabajo.

La cosa era nueva y poco fácil. ¿Estaban dispuestos a trabajar los soldados rojos? ¿sería su trabajo bastante productivo? ¿se justificaría? A nosotros nos asaltaban las dudas a este respecto. No hay necesidad de decir que los mencheviques abundan en el sentido de la oposición. En el Congreso de los Sóviets de Economía Nacional, celebrado, si no me equivoco, en enero o a principios de febrero, es decir, cuando la cuestión no pasaba de ser un proyecto, Abramovich predecía que nos íbamos a llevar irremisiblemente un chasco, que esta empresa insensata era una utopía digna de Arakcheiev, y así sucesivamente. Nosotros debíamos considerar las cosas de otro modo. Las dificultades eran grandes, cierto; pero no se distinguían en principio de todas las demás dificultades de la obra soviética en general.

Veamos realmente lo que representaba este III Ejército. Quedaban en él muy pocas tropas: en total, una división de cazadores y otra de caballería (entre las dos, quince regimientos), más dos cuerpos especiales. El resto de las tropas había sido distribuido mucho antes entre los demás ejércitos en los frentes de combate. Pero el organismo

director del ejército seguía intacto y nosotros creíamos muy probable que necesitaríamos enviarlo en la primavera, por el Volga, hasta el frente del Cáucaso, contra Denikin, que por aquel entonces no había sido todavía derrotado por completo. El contingente total de este III Ejército ascendía a unos 120.000 hombres. En esta masa, donde predominaba el elemento campesino, había cerca de 16.000 comunistas y simpatizantes, en su mayor parte obreros del Ural. Era, pues, por su composición, una masa campesina convertida en organización militar y dirigida por obreros de vanguardia. Trabajaban allí numerosos especialistas militares, que ocupaban importantes puestos y estaban bajo el control político general de los comunistas. Si se echa una ojeada de conjunto sobre el III Ejército, se verá que es el reflejo de toda Rusia soviética. Lo mismo si consideramos al Ejército Rojo en su totalidad que la organización del poder soviético en un distrito, en una provincia o en toda la república, hallaremos siempre el mismo esquema de organización: miles de campesinos adaptados a nuevas formas de vida política, económica y social por el esfuerzo de los trabajadores organizados que llevan la dirección en todos los campos de la actividad soviética. A los especialistas de la escuela burguesa se les coloca en puestos que requieren conocimientos especiales, se les concede la autonomía necesaria; pero su trabajo es inspeccionado por la clase obrera, personificada en el partido comunista. Desde nuestro punto de vista, sólo es posible la implantación de la obligación del trabajo a condición de que se haga un reclutamiento entre el proletariado del campo bajo la dirección de los obreros avanzados. Por esto ni hubo ni pudo haber ningún obstáculo de principio que se opusiera a la aplicación al trabajo del ejército. En otros términos, las objeciones de principio de los mencheviques contra los ejércitos del trabajo no eran en el fondo sino objeciones contra la obligación del trabajo y contra los métodos soviéticos de edificación socialista. Y éste es el motivo de que no nos haya costado refutarlas.

Quede bien entendido que no es que se haya adaptado el organismo militar a la dirección del trabajo. Por otra parte, nunca hemos hecho nada en ese sentido. La dirección seguía en manos de los órganos económicos correspondientes. El ejército suministraba la mano de obra necesaria en forma de unidades compactas y organizadas, aptas para la ejecución de los trabajos homogéneos más sencillos: retirada de las nieves, tala de árboles, obra de construcción, etc.

Hoy tenemos ya una experiencia considerable en lo tocante a la utilización del ejército del trabajo y en lo sucesivo podemos hacer más que previsiones. ¿Qué conclusiones sacar de esta experiencia? Los mencheviques se han apresurado a sacarlas. El mismo Abramovich, su orador, ha declarado en el congreso de mineros que nos hemos llevado un chasco, que el ejército del trabajo no es más que una organización parasitaria en que cien hombres no valen lo que diez trabajadores. ¿Es esto cierto? No. Es exclusivamente una crítica odiosa formulada a la ligera por gentes que se mantienen alejadas, que ignoran los hechos, que no hacen más que recoger en todas partes los desperdicios y basuras, lo mismo cuando comprueban nuestro chasco que cuando lo anuncian. En realidad, no sólo no han fracasado los ejércitos del trabajo, sino que, por el contrario, han hecho importantes progresos, han demostrado su vitalidad, y maniobran ahora fortaleciéndose más cada día. Quienes han fracasado son los profetas que nos pronosticaban la inutilidad de esta empresa, que nos anunciaban que no trabajaría nadie, que los soldados rojos no irían al frente del trabajo, sino que se volverían a sus casas tranquilamente.

Estas objeciones estaban dictadas por el escepticismo pequeñoburgués, por la falta de confianza en la masa y en una audaz iniciativa organizadora. Pero, en el fondo, ¿no eran las mismas objeciones que teníamos que refutar cuando iniciábamos las grandes movilizaciones con fines exclusivamente militares? También entonces se trataba de

espantarnos agitando el espectro de una deserción unánime (inevitable, se decía), después de la guerra imperialista. Ni que decir tiene que la deserción ha sido cruelmente castigada. Pero la experiencia ha demostrado que no ha revestido, ni con mucho, un carácter endémico ni la importancia que nos habían anunciado. No ha destruido el ejército. El lazo espiritual y organizador, el voluntariado comunista y la presión gubernamental han hecho, posible movilizar a millones de hombres, constituir numerosas unidades y realizar las obras militares más complejas. En último extremo, el ejército ha vencido. Por lo que toca al trabajo, esperábamos idénticos resultados. Y no hemos sufrido desilusiones. Los soldados rojos no han desertado cuando hemos pasado del frente guerrero al frente del trabajo, como nos pronosticaban algunos escépticos. Gracias a una agitación bien encauzada, esta transición ha despertado un gran entusiasmo. No negamos que algunos soldados hayan querido abandonar el ejército, pero esto ocurre siempre que se trasladan grandes unidades militares de un frente a otro o desde la retaguardia a la vanguardia y, en general, cuando se las pone en movimiento y la deserción potencial se transforma en deserción activa. Mas cuando sucedían hechos semejantes, intervenían las secciones políticas, la prensa, los órganos especiales de lucha contra la deserción y el porcentaje actual de la deserción en los ejércitos del trabajo no es mayor que el de los ejércitos en combatientes.

Se había afirmado que, a consecuencia de su estructura interna, los ejércitos del trabajo no podrían dar más que un pequeñísimo tanto por ciento de trabajadores. Esto sólo en parte es verdad. El III Ejército ha conservado, como ya he dicho, su organismo director con un número reducidísimo de unidades militares. Mientras, por consideraciones de orden militar y no económico, hemos conservado intacto el Estado Mayor del Ejército y su dirección, el porcentaje de los trabajadores que suministraba era excesivamente bajo. De los 100.000 soldados rojos ocupados en las labores administrativas y económicas, sólo había un 21 por 100 de trabajadores; los servicios diarios de guardia (facción, etc.), a pesar del gran número de instituciones y depósitos militares no ocupaban más que el 16 por 100; el número de enfermos, atacados de tifus, sobre todo, como el personal médico y sanitario no pasaba del 13 por 100; el de ausentes por diversas razones (misiones, permisos, ausencia ilegal) se elevaba al 25 por 100. Así, pues, la mano de obra disponible no era más que el 23 por 100. Este era el máximo de fuerzas que el III Ejército podía suministrar al frente de trabajo. En realidad, al principio, no dio más que el 14 por 100 de trabajadores, sobre todo si consideramos las divisiones de cazadores y caballería.

Pero tan pronto como se supo que Denikin estaba derrotado y que no necesitaríamos enviar al frente del Cáucaso, en la primavera, al III Ejército, empezamos enseguida a liquidar los diferentes servicios del ejército y a adoptar de modo racional sus instituciones a los nuevos trabajos. Aunque todavía no hayamos acabado esta transformación, los resultados dados ya por ella no son menos considerables. Hoy¹, el antiguo III Ejército suministra un 38 por 100 de trabajadores con relación a sus efectivos. En cuanto a las unidades militares que trabajan a su lado en la región del Ural, dan ya un 49 por 100. Estos resultados no son despreciables si se comparan con lo que ocurre en las fábricas, en muchas de las cuales las ausencias, justificadas o no, pasan todavía del 50 por 100². Añadamos a esto que, con frecuencia, sostienen el funcionamiento de las fábricas los padres de los trabajadores, mientras que los soldados del Ejército Rojo tienen que atender a su propio sostenimiento.

Si enviamos a estos jóvenes de diecinueve años, movilizados por el Ejército del Ural, a talar árboles, veremos que de unos 30.000, más del 75 por 100 van al trabajo. Esto es ya un enorme progreso, y además la prueba de que utilizando el instrumento militar

¹ Abril de 1920.

² En el momento es que escribíamos hasta hoy, este porcentaje ha disminuido considerablemente.

para su movilización y formación podemos introducir en las unidades de trabajo modificaciones que aseguren un alza considerable del porcentaje de los participantes en el proceso de la producción.

De ahora en adelante podremos hablar de la productividad de los ejércitos del trabajo basándonos en la experiencia adquirida. Al principio, la productividad en los distintos sectores del trabajo, a pesar del enorme entusiasmo, era, a decir verdad, demasiado baja. Y la lectura de los primeros comunicados del ejército del trabajo podía parecer claramente desalentadora. En los primeros tiempos, se necesitaban de trece a quince jornadas de trabajo para la preparación de una *sazhena*³ cúbica de madera, cuando la media fijada, que aun hoy sólo se alcanza raramente, es de tres días.

Haya que añadir que los especialistas de la materia son capaces, en condiciones favorables, de preparar una *sazhena* cúbica en un día. ¿Qué ha sucedido de hecho? Las unidades militares estaban destacadas lejos de los bosques de tala. Ocurría a menudo que para ir al trabajo y volver de él había que recorrer de ocho a diez verstas, lo que absorbía una parte importante de la jornada de trabajo. En los bosques faltaban las hachas y sierras. Muchos soldados rojos originarios de la estepa no conocían el bosque, no habían abatido árboles nunca y no estaban familiarizados con la sierra y el hacha. Los comités forestales de las provincias y distritos distaban mucho de haber aprendido, desde el comienzo, a utilizar las unidades militares, a dirigir las adonde fuese necesario, a ponerlas en buenas condiciones. En estas circunstancias, nada tiene de sorprendente la poca productividad del trabajo. Pero una vez que se hubieron corregido estos defectos fundamentales, se obtuvieron resultados mucho más satisfactorios. Con arreglo a los últimos datos, la *sazhena* cúbica en este mismo III Ejército requiere cuatro días y medio de trabajo, lo que no se aleja mucho de la norma actual. El hecho de que la productividad aumente sistemáticamente a medida que se mejora el trabajo, es altamente consolador.

Los resultados a que puede llegarse en este sentido han sido demostrados por la experiencia breve pero rica del batallón de ingenieros de Moscú. La plana mayor del cuerpo que dirigía las operaciones empezó por fijar una norma de tres días de trabajo por *sazhena* cúbica de madera. Esta norma fue pronto superada. En el mes de enero una *sazhena* cúbica no necesitaba más que dos jornadas y media de trabajo; en febrero, 21; en marzo: 1,5, lo que representa una productividad elevadísima. Semejante resultado se ha obtenido gracias a una acción moral, a la especificación del trabajo de cada uno, a haberse despertado el amor propio del trabajador, a la concesión de primas a los obreros que producen más, o, para emplear el lenguaje de los sindicatos, a una tarifa móvil adaptada a todas las fluctuaciones individuales de la productividad. Esta experiencia casi científica nos señala el camino que debemos seguir en adelante.

En el momento actual poseemos muchos ejércitos del trabajo en acción: el Primer Ejército, los ejércitos de Petersburgo, Ucrania, Cáucaso y del Volga, de reserva. Este último, como se sabe, ha contribuido a aumentar la capacidad de transporte del ferrocarril de Kazan-Ekaterinburg. Y en todas partes donde la experiencia de la utilización de las unidades militares se ha hecho con alguna inteligencia, los resultados se han encargado de demostrar que semejante método es indiscutiblemente practicable y óptimo.

En cuanto al prejuicio sobre el inevitable parasitismo de las organizaciones militares, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentren, ha quedado definitivamente deshecho. El Ejército Rojo encarna las tendencias del régimen soviético gubernamental. No hay que pensar ya más en la ayuda de estas ideas muertas de la época desaparecida: “militarismo”, “organización militar”, “improductividad del trabajo obligatorio”, sino considerar sin prevención las manifestaciones de nueva época y no

³ Medida rusa, equivalente a tres archinas, o sea, 2,13 metros [aunque la edición de Júcar ofrece 3,13 metros y reproduce la grafía francesa *sagène*, EIS].

olvidar que el sábado existe para el hombre, no el hombre para el sábado; que todas las formas de organización, incluso la militar, no son más que armas en manos de la clase obrera dueña del poder, que tiene derecho y puede adoptar, modificar, rehacer sus armas, mientras no haya obtenido los resultados deseados.

El plan económico único

La aplicación intensa del trabajo obligatorio, así como las medidas de militarización del trabajo, no pueden desempeñar un papel decisivo sino a condición de ser aplicadas sobre la base de un plan económico único, que abarque a todo el país y a todas las ramas industriales. Este plan debe elaborarse para un determinado número de años. Es natural que se divida en períodos, en consonancia con las etapas inevitables de la reorganización económica del país. Debemos empezar por las labores más simples a la vez que más fundamentales.

Ante todo, es necesario garantizar a la clase obrera la posibilidad de vivir, aunque sea en las condiciones más penosas, y para ello, de conservar los centros industriales y salvar las ciudades. Este es el punto de partida. Si no queremos que el campo absorba a la ciudad y la agricultura a la industria, si no queremos “hacer campesino” a todo el país, tenemos que mantener, aunque sólo sea en un nivel mínimo, nuestros transportes, y asegurar a las ciudades el pan, combustible y materias primas y forraje al ganado. Sin esto, no hay progreso posible. Por consiguiente, la obra más urgente del plan es mejorar el estado de los transportes, o, por lo menos, evitar su desorganización ulterior, y crear *stocks* de los artículos más necesarios, de primeras materias y de combustibles. Todo el período siguiente se dedicará a la centralización y tensión de la mano de obra para la solución de estos problemas esenciales, condición previa del desenvolvimiento económico ulterior. ¿Se fijará por meses o por años cada uno de los períodos? Difícil es preverlo en este instante, máxime teniendo en cuenta que esto depende de causas múltiples, desde la situación internacional hasta el grado de unanimidad y resistencia de la clase trabajadora.

En el curso del segundo período deberá procederse a la construcción de las máquinas necesarias para el transporte, y a proveerse de primeras materias y de artículos. Aquí, la locomotora es lo esencial. Hoy día, la reparación de las locomotoras se efectúa conforme a procedimientos primitivos, que requieren un gasto de fuerza y medios muy considerables. Es indispensable, por consiguiente, empezar a reparar en masa, en lo sucesivo, las piezas de repuesto. Ahora que los ferrocarriles y fábricas de Rusia están en manos de un solo propietario (el gobierno obrero) , podemos y debemos establecer un tipo de locomotora y de vagón para todo el país, unificar las piezas de repuesto, hacer que todas las fábricas necesarias se dediquen a la fabricación en masa de estas últimas, llegar a que las reparaciones no sean más que una simple sustitución de las piezas gastadas por otras nuevas, y ponernos, por tanto, en condiciones de efectuar el montaje en masa de las locomotoras. Ahora que disponemos otra vez de combustible y primeras materias, tenemos que concentrar nuestra atención especialmente en la construcción de locomotoras.

En el tercer período será necesario construir máquinas para la fabricación de objetos de primera necesidad.

Por fin, el cuarto período, que se apoyará en los resultados adquiridos por los tres primeros, permitirá pasar a la producción de objetos de uso personal, en la mayor escala.

Este plan reviste una importancia considerable, no sólo en cuanto orientación general de nuestros órganos económicos, sino también en cuanto línea de conducta para la propaganda de nuestras labores económicas entre las masas obreras. Nuestras movilizaciones para el trabajo serán letra muerta y no cobrarán consistencia si no tocamos

el punto sensible de todo lo que hay de honrado, consciente y entusiasta en la clase trabajadora. Debemos decir a las masas toda la verdad sobre nuestra situación y nuestras intenciones futuras, y declararlas francamente que nuestro plan económico, aun con el esfuerzo máximo de los trabajadores, no nos proporcionará mañana ni pasado mañana la luna y las estrellas, pues en el curso del período más próximo orientaremos nuestra acción principal hacia el mejoramiento de los medios de producción con objeto de obtener una mayor productividad. Sólo cuando nos hallemos en estado de restablecer, aunque no sea más que en mínimas proporciones, los medios de transporte y producción, pasaremos a la fabricación de objetos de consumo. Así, pues, el producto palpable del trabajo destinado a los obreros en forma de objeto de uso personal no se obtendrá sino en último término, cuando hayamos entrado en la cuarta fase del plan económico. Sólo en ese momento habrá una mejora importante que lime considerablemente las asperezas de la vida. Para que las masas que han de sufrir aún durante mucho tiempo penas y privaciones puedan soportar el peso de esto, tienen que comprender en toda su amplitud la lógica inevitable de este plan económico.

El orden de estos cuatro períodos económicos no debe tomarse en sentido absoluto. No está dentro de nuestras intenciones paralizar por completo nuestra industria textil; aunque sólo fuera por razones de orden militar no podemos hacerlo. Pero con el fin de que la atención y las fuerzas no se dispersen bajo la presión de necesidades que se hacen sentir cruelmente, importa conformarse al plan económico (criterio principal) y distinguir lo esencial de lo secundario. Ni que decir tiene que no nos inclinamos en modo alguno hacia un estrecho comunismo social y nacional; el levantamiento del bloqueo y la revolución europea, sobre todo, impondrán profundas modificaciones a nuestro plan económico, reduciendo la duración a las fases de su desenvolvimiento y haciéndolas más próximas unas a otras. Pero no podemos prever cuándo sobrevendrán estos acontecimientos. Por esta razón hemos de sostenernos y fortalecernos nosotros mismos, sin tener en cuenta el desarrollo poco favorable, esto es, lentísimo, de la revolución europea y universal. En caso de que reanudemos, en efecto, las relaciones comerciales con los países capitalistas, nos inspiraremos igualmente en el plan económico antes definido. Entregaremos parte de nuestras materias primas a cambio de locomotoras y otras máquinas indispensables; pero en modo alguno a cambio de vestidos, calzado o artículos coloniales pues lo que tenemos en mente para de inmediato no es la importación de objetos de consumo sino de medios de transporte y de producción.

Seríamos ciegos, escépticos y unos avaros pequeñoburgueses si nos figurásemos que la reconstrucción económica puede ser una transición progresiva de la actual desorganización económica completa al estado de cosas que la ha precedido, o, en otros términos, que podemos volver a subir los mismos escalones que ya hemos descendido. sólo después de un largo período pondremos nuestra economía al nivel en que se hallaba en vísperas de la guerra imperialista. semejante modo de ver las cosas no sólo no serviría de consuelo, sino que sería, además, profundamente erróneo. La desorganización que destruía innumerables riquezas, extirpaba al mismo tiempo muchas rutinas de la economía, muchas ineptitudes, muchas viejas costumbres, abriendo así el camino a la nueva estructura económica con arreglo a las variables técnicas actuales de la economía mundial.

Si el capitalismo ruso se ha desarrollado, no gradualmente, sino a saltos, construyendo fábricas al estilo norteamericano en plena estepa, razón de más para que semejante marcha forzada pueda llevarla la economía socialista. Tan pronto como hayamos vencido nuestra horrible miseria, acumulado algunas reservas de materias primas y de artículos y mejorado los transportes, libres ya de las cadenas de la propiedad

privada, podremos franquear de un salto muchos grados y subordinar todas las empresas y todos los recursos económicos al plan de gobierno único.

Podremos también, seguramente, introducir la electrificación en todas las ramas fundamentales de la industria y en la esfera del consumo personal, sin tener que pasar de nuevo por “la edad del vapor”. El programa de la electrificación está previsto en Rusia en cierto número de etapas consecutivas, de conformidad con las etapas fundamentales del plan económico general.

Una nueva guerra podría retardar la realización de nuestros propósitos económicos; nuestra energía y perseverancia pueden y deben apresurar el proceso de la reorganización económica. Pero sea cualquiera que sea la rapidez del curso de los acontecimientos, es indudable que, como base de nuestra acción (movilización para el trabajo, militarización de la mano de obra, sábados comunistas y demás aspectos del voluntariado comunista del trabajo), debe hacerse un plan económico único. El período en que entramos exigirá de nosotros una concentración completa de toda nuestra energía para las primeras labores elementales: abastecimientos, combustible, primeras materias y transportes. Mientras tanto, no debemos dispersar nuestra atención, desperdiciar nuestras fuerzas ni diseminarlas. Este es el único camino para la salvación.

Dirección colectiva y dirección unipersonal

Los mencheviques tratan de otra cuestión, que parece ofrecerles ocasión para acercarse de nuevo a la clase obrera. Nos referimos a la forma de dirección de las empresas industriales. ¿Debe ser ésta colectiva o unipersonal? Afirman que la entrega de las fábricas a un director único en vez de a un comité es un crimen contra la clase obrera y la revolución socialista. De todos modos, no deja de ser extraño que los más ardientes defensores de la revolución socialista en contra del sistema unipersonal, sean los mismos mencheviques que, hace poco todavía, pensaban que hablar de revolución social era mofarse de la historia y cometer un crimen contra la clase obrera...

Ahora bien; ocurre que el gran culpable ante la revolución socialista es el congreso de nuestro partido comunista, por haberse declarado partidario del sistema unipersonal en la dirección de la industria, y especialmente en las fábricas. sin embargo, sería un error de los más grandes creer que esta decisión puede causar algún perjuicio a la actividad de la clase obrera. La actividad de los trabajadores no se define ni se mide porque la fábrica esté dirigida por tres hombres o por uno, sino por factores y hechos mucho más profundos: por la creación de órganos económicos en los que tengan participación activa los sindicatos, por la creación de todos los órganos soviéticos que constituyen el congreso de los sóviets y representan a decenas de millones de trabajadores; por el nombramiento para la dirección (o para el control de la dirección) de los mismos dirigidos. En esto reside la actividad de la clase obrera. Y si la clase obrera, en el curso de su experiencia propia, llega a pensar, por medio de los congresos de su partido, de sus sóviets, de sus sindicatos, que es preferible poner al frente de una fábrica a un director que a un comité esta decisión suya está dictada por su actividad. Puede ser exacta o equivocada desde el punto de vista de la técnica administrativa; en todo caso, nadie se la impone al proletariado; se la dicta su propia voluntad. Y sería el mayor de los errores confundir la cuestión de la autoridad del proletariado con la de los comités obreros que administran las fábricas. La dictadura del proletariado se traduce por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, por la subordinación de todo el mecanismo soviético a la voluntad colectiva de las masas; de ningún modo por la forma de dirección de las diversas empresas.

Antes de seguir adelante, vamos a refutar otra acusación lanzada contra los defensores de la dirección unipersonal. Los adversarios declaran: son los militaristas soviéticos quienes quieren utilizar su experiencia militar en los problemas económicos;

tal vez en el ejército el principio de la dirección unipersonal sea excelente, pero en la economía no vale nada. Esta afirmación es falsa en todos los sentidos. En primer lugar, es totalmente inexacto que hayamos empezado implantando en el ejército el sistema unipersonal; hoy mismo estamos muy lejos de haberlo adoptado íntegramente. Es igualmente falso que hayamos empezado a defender las formas de dirección unipersonal con la participación de los especialistas en las empresas económicas basándonos solamente en nuestra experiencia militar. En realidad, partíamos y partimos en este asunto de una concepción puramente marxista de los problemas revolucionarios y de la misión del proletariado una vez dueño del poder.

No sólo desde el comienzo de la revolución, sino mucho antes, habíamos comprendido la necesidad de aprovechar los conocimientos y las experiencias técnicas del pasado, la necesidad de llamar a los especialistas, de utilizarlos todo lo posible, con el fin de que la técnica no retroceda, de que siga su progreso. Yo presumo que, si la guerra civil no hubiese deshecho nuestros órganos económicos, privándolos de todo lo que tenían de vivo en cuanto a iniciativa y actividad, habríamos implantado mucho antes y sin dolor el sistema unipersonal para la dirección económica.

Algunos camaradas consideran el órgano de la dirección económica principalmente como una escuela. Esto es absurdo, la misión de los órganos directores es dirigir. Que quien desee y se sienta con aptitud para dirigir vaya a las escuelas, asista a los cursos especiales de instructores y trabaje con ellos como adjunto, con el fin de observar y adquirir experiencia. Pero el que puede dirigir una fábrica, que no vaya a ella para aprender, sino para ocupar un puesto administrativo y económico de responsabilidad. Si aún se considera esta cuestión con un criterio estrecho, diré que el sistema unipersonal representa una escuela diez veces mejor. Si, en efecto, os es imposible sustituir un buen trabajador por otros tres poco competentes, y si, a pesar de todo, formáis con ellos un comité al que están confiadas las funciones más importantes de la dirección, los colocáis así en la imposibilidad de darse cuenta de lo que les falta. cada uno de ellos cuenta con los otros cuando se trata de tomar una decisión, y si se fracasa, se echan mutuamente la culpa unos a otros.

Que esto no es cuestión de principio lo demuestran los mismos adversarios del sistema unipersonal al no reclamar el sistema de comités para los talleres, corporaciones y minas. Hasta llegar a declarar que se necesita ser un insensato para exigir que un taller sea dirigido por tres o cinco personas; según ellos, la dirección debe estar sólo a cargo de un administrador del taller. ¿Por qué? Si la dirección colectiva es una escuela, ¿por qué no admitir también esa escuela elemental? ¿Por qué no introducir igualmente en los talleres la administración colectiva? Y si el sistema de comités no es una condición *sine qua non* para los talleres, ¿por qué es indispensable para las fábricas?

Abramovich ha afirmado que, puesto que en Rusia hay muy pocos especialistas (por culpa de los bolcheviques, repite después Kautsky), tenemos que sustituirlos a la fuerza por comités obreros. Simples variantes. Ningún comité formado por personas que no saben el oficio puede sustituir a un hombre competente. Un colegio (*o bureua*) de abogados no puede reemplazar a un simple guardagujas. La misma idea de esto es una idea falsa. El comité por sí mismo no puede enseñar nada a un ignorante. No puede hacer más que ocultar su ignorancia. Si se coloca a una persona en un puesto administrativo importante, tiene la posibilidad de ver claramente, no sólo en los demás, sino en sí mismo, lo que sabe y lo que ignora. Pero nada hay peor que un comité de ignorantes, integrado por trabajadores mal preparados para la función que se les encomienda y que carecen de conocimientos especiales. Sus miembros están constantemente desamparados y desconfían unos de otros, lo que origina la confusión y el desarreglo de toda su labor. La clase obrera tiene un profundo interés en aumentar su capacidad directora, esto es, en

instruirse. Pero en el dominio industrial sólo puede conseguirlo si la dirección rinde cuentas de su actividad a todo el personal de la fábrica, y aprovecha estas ocasiones para poner a discusión el plan económico del trabajo del año o del mes corriente. Todos los obreros que se interesan seriamente en la cuestión de la organización industrial son enviados a cursos especiales, íntimamente relacionados con el trabajo práctico de la fábrica misma. Luego se les obliga a ocupar puestos de importancia secundaria, para elevarlos después a los más importantes. Así hemos formado a miles y formaremos a decenas de millares. La cuestión de la dirección de tres o cinco personas interesa, no a las masas obreras, sino a la burocracia obrera soviética, más retardataria, más débil y menos apta para un trabajo independiente. Un administrador avanzado, firme y consciente, procura tomar en sus manos toda la fábrica para probar a los demás y convencerse él mismo de que es capaz de dirigir. Más si el administrador es débil, intentará unirse a otros para que su debilidad pase inadvertida. El sistema de comités está lleno de peligros, porque en él desaparece la responsabilidad personal. Si el obrero es capaz pero inexperimentado necesita un director. Bajo su dirección adquirirá los conocimientos que le faltan, y mañana podremos convertirlo en director de una pequeña fábrica. Así seguirá su camino. Pero si le ocurre caer en un comité donde la fuerza y debilidad de cada uno no se manifiestan con claridad, su sentimiento de responsabilidad desaparecerá infaliblemente.

Ni que decir tiene que nuestra resolución no prevé una implantación sistemática de la dirección unipersonal, efectuada de un simple plumazo. Son posibles diversas variantes y combinaciones. Cuando un obrero sea capaz de realizar la obra que se le ha encomendado, le haremos director de la fábrica, poniendo a su lado a un especialista. Si el especialista es hombre valioso, es a él a quien nombraremos director, poniendo a su lado a dos o tres obreros. En fin, cuando el comité haya dado pruebas de su capacidad, lo conservaremos. Este es el único modo serio de considerar el problema y sólo así podremos organizar la producción de un modo regular.

Existe, además, una consideración, de cierto carácter social y educativo, importantísima a mi juicio. En Rusia, la *élite* dirigente de la clase obrera es demasiado reducida. Esta *élite* ha practicado la acción política ilegal. Durante mucho tiempo ha sostenido una lucha revolucionaria. Ha vivido en países extranjeros. Ha leído mucho en las cárceles y en el destierro, ha adquirido una considerable experiencia política y una gran amplitud de criterio. Representa lo mejor de la clase obrera. Detrás de ella viene la generación más joven, que participa conscientemente en la revolución desde 1917. Es una parte muy valiosa de la clase obrera. Dondequiera que dirijamos la mirada (a la organización soviética, a los sindicatos, a la acción del partido, al frente de la guerra civil) el papel director lo desempeña esta *élite* del proletariado. La principal acción gubernamental del poder soviético en estos años y medio consistía en maniobrar con esta *élite* de trabajadores, que enviaba ora a un frente, ora a otro.

Las capas más bajas de la clase obrera, de origen campesino, aunque de espíritu revolucionario, aún son muy pobres en iniciativa. ¿Qué padece el *mujik* ruso? Un mal de gregarismo: la ausencia de personalidad, es decir, lo que ha sido cantado por nuestros *narodnikis* reaccionarios, lo glorificado por León Tolstoi, en la persona de Platón Karateiev; el campesino se disuelve en la comunidad y se somete a la tierra. Está claro que la economía socialista no se fundamenta en los Platón Karateiev, sino en los trabajadores que piensan, dotados de espíritu de iniciativa y conscientes de su responsabilidad. Es preciso a toda costa desarrollar en el obrero el espíritu de iniciativa. El carácter dominante de la burguesía es un grosero individualismo junto al espíritu de concurrencia. El de la clase obrera no está en contradicción con la solidaridad y colaboración fraternales. La solidaridad socialista no puede basarse en la falta de

individualidad y en la inconsciencia animal. Y es esta ausencia de individualidad precisamente la que se oculta en el sistema de los *bureaux* o comités, en la administración colectiva.

En la clase obrera hay muchas fuerzas, muchos talentos y aptitudes. Es menester aprovechar todo esto, que la emulación despierte todas las energías. La dirección unipersonal en el dominio administrativo y técnico contribuye a ello. Por esta razón es superior y más fecunda que la dirección colectiva.

Conclusión

Camaradas: los argumentos de los oradores mencheviques, especialmente de Abramovich, reflejan sobre todo un completo alejamiento de la vida y de sus obras. Se encuentran en el caso de un observador que, teniendo que atravesar a nado una corriente de agua, reflexiona primero profundamente sobre la calidad de las aguas y la fuerza de la corriente. ¡Hay que atravesar el agua, sin embargo! ¡Tal es todo el problema! Y nuestro kautskysta, ora sobre un pie, ora sobre otro, exclama: “Nosotros no negamos esa necesidad; pero vemos los peligros que presenta, pues son numerosos: la corriente es rápida, hay escollos, y estamos fatigados, etc. Pero es inexacto, completamente inexacto que nosotros no admitamos la necesidad de atravesar por el agua. No nos negábamos a admitirlo ni hace veintitrés años...”.

De un extremo a otro, así está construido todo su razonamiento. En primer lugar, dicen los mencheviques, nosotros no negamos ni hemos negado nunca la necesidad de la defensa y, por consiguiente, del ejército. En segundo término, tampoco rechazamos en principio de la obligación del trabajo. Porque ¿han existido nunca, salvo en algunas sectas religiosas, hombres capaces de repudiar “de un modo general” la legítima defensa? Empero, todos vuestros conocimientos abstractos no hacen que las cosas adelanten una pulgada. Cuando se trataba de la lucha y de la creación de un ejército contra los enemigos reales de la clase trabajadora, ¿cuál ha sido vuestra actitud? Os habéis opuesto, lo habéis saboteado, sin negar, es cierto, la necesidad de defenderse. Decíais y escribíais en vuestros periódicos: “¡Abajo la guerra civil!”, en el mismo momento en que los guardias blancos nos ponían el cuchillo en la garganta. Y después de una aprobación tardía de nuestra defensa victoriosa, os atrevéis aún a fijar vuestra mirada crítica en nuestras nuevas obras y a declarar: “Nosotros no nos oponíamos, en términos generales, a la obligación del trabajo; pero... sin presión jurídica”. ¡Qué formidable contradicción hay en estas palabras! La noción de “obligación” contiene en sí misma un elemento de presión. El hombre *oprimido* se ve obligado a hacer algo. Si no hace nada, evidentemente sufrirá la presión, o, en otros términos, el castigo. Queda por saber cuál es la presión. Abramovich declara: “La presión económica, sí; pero no la presión jurídica”. El camarada Holzmann, representante del sindicato metalúrgico, ha puesto de manifiesto soberbiamente todo el escolasticismo de semejante argumentación. En el régimen capitalista, es decir, en el régimen del trabajo libre, la presión económica era ya inseparable de la presión jurídica. Ahora, con mucho más motivo.

He tratado de hacer comprender, en mi informe, que para instruir a los trabajadores sobre nuevas bases sociales, acerca de nuevas formas de trabajo y conseguir una mayor productividad de trabajo, no hay más que un procedimiento: la aplicación simultánea de diversos métodos, el del interés económico de la presión jurídica, el de la influencia que puede ejercer la organización económica interiormente coordinada, el de la coerción y, sobre todo, el de la persuasión, agitación y propaganda, y, por último, el de la elevación del nivel cultural. Sólo con la combinación de todos estos medios puede alcanzarse un nivel elevado de economía socialista.

Si en el régimen capitalista el interés económico se combina infaliblemente con la presión jurídica, tras la cual se halla la fuerza material del estado, con mayor razón deberá ser importante en el estado soviético, esto es, en el estado de transición al socialismo, vincular en general la presión económica con la presión jurídica. En Rusia, las empresas más importantes están en manos del estado. Cuando al tornero Ivanov le decimos: “Tienes que trabajar ahora en la fábrica de Sormovo; si te niegas, no recibirás tu ración”, ¿qué es esto? ¿Una presión económica o una presión jurídica? No puede irse a otra fábrica, pues todas están en manos del estado, que no permitiría semejante mudanza. La presión económica se confunde aquí con la represión gubernamental. Abramovich desearía aparentemente que el reparto de la mano de obra estuviese regularizado por el aumento de salarios, la concesión de primas, etc., que bastarían para atraer a las empresas más importantes a los trabajadores necesarios. Al parecer, éste es todo su pensamiento. Pero si se plantea así la cuestión, todo militante honrado del movimiento sindical comprenderá que ésa es una de las peores utopías. No podemos esperar la afluencia de mano de obra sobre el mercado de trabajo sin que el estado tenga suficientes recursos de artículos alimenticios, alojamientos, transportes, es decir, recursos de lo que está por crear precisamente. Sin el traslado en masa, regularmente organizado por el estado, de la mano de obra conforme a las necesidades de los órganos económicos, no obtendremos ningún resultado. Para nosotros ha llegado la hora de la presión y comprendemos toda su necesidad económica. Os he leído un telegrama de Ekaterinemburg sobre la marcha de las operaciones en el Primer Ejército del Trabajo. En él se dice que más de 4.000 obreros cualificados han pasado por el Comité del Ural encargado de hacer efectivo el trabajo obligatorio. ¿De dónde venían? La mayor parte del III Ejército. No les han enviado a su casa, sino impuesto una nueva ocupación. Desde el ejército han pasado a manos del comité de trabajo obligatorio, que les ha repartido por categorías y distribuido entre las fábricas. Desde el punto de vista liberal esto es una “violencia” contra la libertad individual. Sin embargo, la mayoría de los obreros ha partido para el frente del trabajo como había partido antes para el frente militar, comprendiendo claramente que lo exigían intereses superiores. Algunos, incluso así, no han consentido de buen grado, por lo que ha habido que obligarles.

El estado (no es necesario decirlo) debe colocar, por medio del sistema de primas, a los mejores trabajadores en condiciones de existencia más favorables. Pero esto no excluye, sino que, por el contrario, supone que el estado y los sindicatos (sin el concurso de los cuales el gobierno soviético no podría reorganizar la industria) adquieren sobre el obrero ciertos derechos nuevos. El trabajador no comercia con el gobierno soviético; está subordinado al estado, sometido a él en todos los aspectos, porque es *su* estado.

“Si se nos hubiese dicho simplemente [declara Abramovich] que se trata de disciplina sindical, no habría habido motivo para entablar este debate. Pero ¿qué pinta aquí el militarismo?”. Seguramente se trata, sobre todo, de disciplina sindical, pero de la disciplina nueva de los nuevos sindicatos *industriales*. Vivimos en un país soviético, donde la clase obrera es dueña del poder, lo que no comprenden nuestros kautskystas. Cuando el menchevique Rubtsov dice que en mi informe no queda casi nada de los sindicatos, no le falta razón. De los sindicatos, como él los entiende, es decir, del tipo tradeunionista, queda, a decir verdad, muy poca cosa; pero a la organización profesional e industrial de la clase obrera rusa la incumben las más grandes tareas. ¿Cuáles? Desde luego, no la de luchar contra el gobierno en nombre de los intereses del trabajo. Se trata de una labor constructora, de economía socialista, realizada en perfecta armonía con el gobierno. Esta especie de sindicato es un principio una organización nueva, distinta no sólo de las trade uniones, sino también de los sindicatos revolucionarios que existen en los regímenes burgueses, como la dominación del proletariado es distinta del dominio de

la burguesía. El sindicato industrial de la clase obrera dirigente no tiene los mismos fines, ni los mismos métodos, ni la misma disciplina que los sindicatos de la clase obrera oprimida. En Rusia, todos los trabajadores deben entrar en los sindicatos. Los mencheviques se declaran adversarios de este principio, cosa perfectamente comprensible porque lo son en el fondo de la *dictadura del proletariado*. En último resultado, toda la cuestión se resume en esto. Los kautskystas se oponen a la dictadura del proletariado, y, por lo mismo, a todas sus consecuencias. La presión económica, como la presión jurídica, no es más que una manifestación de la dictadura de la clase obrera en dos dominios íntimamente relacionados. Abramovich nos ha demostrado con tanta profundidad que no puede haber presión en el régimen socialista y que la coerción es opuesta al socialismo, como que en el régimen socialista el sentimiento del deber, el hábito del trabajo, el atractivo del trabajo, etc., serán suficientes. Esto es evidente. Basta con ampliar esta verdad indiscutible. Lo cierto es que en el régimen socialista no habrá instrumento de presión ni estado. El estado se disolverá en la *comuna* de producción y consumo. Con todo, el socialismo, en su proceso, atraviesa una fase de la más alta estatización. Precisamente en ese período nos encontramos nosotros. Así como la lámpara, antes de extinguirse, brilla con una luz más viva, el estado, antes de desaparecer, reviste la forma de dictadura del proletariado; es decir, del más despiadado gobierno, de un gobierno que abraza imperiosamente la vida de todos los ciudadanos Abramovich y, en general, el menchevismo, no han advertido esta bagatela, este pequeño grado de la historia, que es lo que les hace titubear.

Ninguna otra organización, salvo el ejército, ha ejercido sobre el hombre una coerción más rigurosa que la organización gubernamental de la clase obrera en la época de transición más dura. Precisamente por eso, hablamos nosotros de militarización del trabajo. El destino de los mencheviques es ir a remolque de los acontecimientos y aceptar las partes del programa revolucionario que ya han tenido tiempo de perder toda su influencia práctica. Hoy, el menchevismo (aunque prescinda de las reticencias) no discute ya la legalidad de las represiones contra los guardias blancos y los desertores del Ejército Rojo. Ha tenido que admitirlas después de sus propias y desdichadas experiencias de “democracia”. Al parecer, ha comprendido muy tarde que, frente a las bandas contrarrevolucionarias no se resuelve el problema con afirmaciones en que se diga que el régimen socialista no tendrá que recurrir al terror rojo... Pero en el campo económico, los mencheviques tratan todavía de hacernos pensar en nuestros hijos y, sobre todo, en nuestros nietos. Y, sin embargo, delante de esta triste herencia que la sociedad burguesa y la guerra civil inacabada nos han legado, tendremos que construir ahora sin pérdida de tiempo.

El menchevismo, como todo el kautskismo en general, se pierde en vulgaridades democráticas y en obstrucciones socialistas. Se convence una vez más de que para él no existe período de transición, es decir, de revolución proletaria, que imponga sus obligaciones propias. De aquí proviene la inerte monotonía de sus críticas, de sus indicaciones, de sus planes y de sus recetas. No se trata de lo que ocurrirá dentro de veinte o treinta años (ni que decir tiene que las cosas entonces irán infinitamente mejor), sino de saber cómo remediar la desorganización, cómo repartir en este momento la mano de obra, cómo aumentar hoy la productividad del trabajo, qué actitud adoptar especialmente frente a los cuatro mil obreros cualificados que hemos encontrado en el ejército, en el Ural. ¿Abandonarlos, diciéndoles: “Marchaos donde queráis”? No, no podemos obrar así. Los hemos incorporado a contingentes militares especiales y los hemos distribuido entre las fábricas.

“Entonces, ¿en qué se diferencia vuestro socialismo [exclama Abramovich] de la esclavitud egipcia? Casi por los mismos procedimientos construyeron las pirámides los

faraones, obligando a las masas a que trabajaran...”. ¡Inimitable comparación para un “socialista”! También aquí nuestro menchevique ha perdido de vista un pequeño pecado: ¡la naturaleza de la clase que detenta el poder! Abramovich no ve la diferencia que existe entre el régimen egipcio y el nuestro. Se le ha olvidado que en Egipto había faraones, propietarios de esclavos y esclavos. No fueron los campesinos egipcios quienes, por medio de sus sóviets, decidieron construir las pirámides: había allí un régimen social jerárquico de castas y fue su enemigo de clase el que les obligó a trabajar. En Rusia se aplica la presión por el poder obrero y campesino en nombre de los intereses de las masas laboriosas. He aquí lo que Abramovich no ha notado. Nosotros hemos aprendido en la escuela del socialismo que todo el desenvolvimiento social está basado en la existencia de clases y en su lucha, y que el curso de la vida depende de la clase que ocupa el poder y de los fines en nombre de los cuales desarrolla su política. Pero esto no lo ha comprendido Abramovich. Acaso conozca perfectamente el *Antiguo Testamento*; pero el socialismo es para él un libro herméticamente cerrado.

Siguiendo con las analogías liberales y superficiales, que no tienen en cuenta la naturaleza de clase del estado, Abramovich hubiera podido (y ya los mencheviques lo han hecho muchas veces) identificar el Ejército Rojo con el Ejército Blanco. En uno como en otro, las movilizaciones se efectuaban con preferencia entre las masas campesinas. En ambos se recurría a la presión. En uno y otro había muchos oficiales que habían servido en las filas zaristas. En los dos campos, los fusiles eran iguales, los cartuchos idénticos. ¿cuál es, entonces, la diferencia? Hay una, señores, y se manifiesta por un indicio fundamental: *¿quién detenta el poder?* ¿La clase obrera o la nobleza, los faraones o los *mujiks*, la canalla reaccionaria o el proletariado de Petersburgo? Existe una diferencia, y la suerte de Yudenich, de Kolchak y de Denikin lo acredita. Aquí, los obreros han movilizad o a los campesinos; en ellos, ha sido una casta de oficiales reaccionarios. Nuestro ejército se ha fortalecido; los ejércitos blancos han quedado deshechos. Hay una diferencia entre el régimen soviético y el de los faraones, y no en vano los proletarios han empezado su revolución fusilando en los campanarios a los “faraones” de Petersburgo⁴.

Uno de los oradores mencheviques ha tratado de presentarme como abogado del militarismo en general. De los informes que proporciona resulta, ¡ya ven ustedes!, que yo defiendo nada menos que el militarismo alemán. Yo he demostrado (fíjense ustedes bien en esto) que el suboficial alemán es una maravilla de la naturaleza y que sus obras son tan perfectas que no pueden imitarse... ¿Cuál es exactamente mi afirmación? Únicamente que el militarismo en que todos los caracteres del desenvolvimiento social hallan su expresión más absoluta, puede ser considerado desde dos puntos de vista: primero, desde el punto de vista político o socialista (y aquí todo depende de la clase que ocupa el poder); segundo, desde el punto de vista de la organización, como un sistema estricto de distribución de obligaciones, de relaciones mutuas regulares, de responsabilidad absoluta, de ejecución rigurosa. El ejército burgués es un instrumento de opresión despiadada y de sumisión de los trabajadores, mientras que el ejército socialista es un arma de emancipación y de defensa de éstos. Mas la subordinación absoluta de una parte a otra es un rasgo común a todo ejército. Un régimen interno riguroso e indisoluble es la característica de la organización militar. En la guerra todo descuido, toda ligereza, hasta una simple inexactitud, pueden ser causa de considerables pérdidas. De aquí la tendencia de la organización militar a llevar a su más alto grado de precisión la exactitud de las relaciones y la responsabilidad. Estas cualidades “militares” son apreciadas en todas partes donde aparecen. Y en este sentido he dicho que toda clase sabía apreciar a los miembros a su servicio que, en condiciones análogas, han sufrido la disciplina militar. El

⁴ Faraones, mote popular que designaba a los agentes de policía zaristas colocados, a finales de febrero, sobre los tejados de las casas y los campanarios por Protopopov, ministro de interior.

campesino alemán que ha salido del cuartel con el grado de suboficial era para la monarquía alemana (y lo sigue siendo para la república de Ebert) un elemento mucho más valioso que cualquiera de los restantes campesinos que no han pasado por esta escuela. El mecanismo de los ferrocarriles alemanes ha sido considerablemente mejorado gracias a la presencia de oficiales y suboficiales en los puestos administrativos del departamento de vías de comunicaciones. En este sentido, tenemos que aprender mucho del militarismo. El camarada Tsipérovich (uno de los militantes más considerados de nuestros sindicatos) afirmaba aquí que un obrero sindicalista que ha pasado por la disciplina militar durante años, que ha ocupado un puesto importante, de comisario, por ejemplo, no se ha inutilizado en lo más mínimo para la acción sindical. Después de haber combatido por la causa proletaria, ha vuelto al sindicato como antes pero más templado, más viril, más independiente, más resuelto, porque ha tenido que afrontar grandes responsabilidades. Ha dirigido a millares de soldados rojos de distinto nivel social, en su mayor parte campesinos. Con ellos ha vivido las victorias y las derrotas. Ha conocido los avances y los retrocesos. Ha visto casos de traición bajo su mando, alzamientos de campesinos, oleadas de pánico; pero, siempre en su puesto, ha contenido a la masa menos consciente, la ha dirigido, la ha entusiasmado con su ejemplo, sin dejar de castigar despiadadamente a los traidores. Es esto una experiencia grande y valiosa. Y así, cuando el exmilitar vuelve al sindicato, es un magnífico organizador.

En la cuestión del sistema de [comités] o colegios (*bureaux*) para la administración de la producción, los argumentos de Abramovich son tan absurdos como en todos los demás casos. Son los argumentos de un observador extranjero que está al margen de todo.

Abramovich nos explica que una buena dirección colectiva es preferible a una mala dirección unipersonal, y que en todo *bureau* bien organizado debe haber un excelente especialista. Esto es admirable en todos los sentidos. ¿Por qué los mencheviques no nos ofrecen algunos cientos de *bureaux* de esta naturaleza? Presumo que el Consejo Superior de Economía Popular los aceptaría gustosamente. Nosotros no somos observadores, sino trabajadores que tenemos que construir con el material puesto a nuestra disposición. Disponemos de especialistas, un tercio de los cuales es concienzudo e instruido; otro tercio a medias, y el otro totalmente inútil. La clase obrera es fecunda en hombres capaces, abnegados y enérgicos. Los unos (desgraciadamente poco numerosos) poseen ya los conocimientos y experiencia necesarios. Los otros tienen carácter y aptitudes, pero no conocimientos ni experiencia. Los terceros carecen de ambas cosas. De este material hay que sacar los directores de fábricas, talleres, etc., cosa imposible de hacer con simples frases. Ante todo, es necesario seleccionar a los obreros que, en la práctica, han demostrado ser capaces de dirigir empresas, y darles ocasión de probar sus aptitudes. Estos obreros desean una dirección unipersonal, pues las direcciones de fábricas no son escuelas para rezagados. Un obrero enérgico, al corriente de su negocio, quiere dirigir. Si ha decidido y ordenado, su decisión debe ser cumplida. Puede sustituirsele: esto es otro problema. Pero mientras sea el dueño (un dueño sovieta y proletario), dirige la empresa en su totalidad. Si se le nombra miembro de un comité compuesto de personas más débiles que él y que se encargan también de la dirección, no se obtendrá ningún resultado positivo. Semejante obrero administrador deberá tener al lado uno o dos especialistas, según la importancia de la empresa. Si no se tiene a mano un administrador de esta naturaleza y sí, en cambio, a un especialista concienzudo que conozca el negocio, le colocaremos al frente de la empresa, y en calidad de auxiliares pondremos a su lado a dos o tres obreros, con objeto de que toda decisión del especialista sea conocida por sus adjuntos, sin que éstos tengan, sin embargo, derecho a anularla. seguirán minuciosamente su trabajo, y de este modo adquirirán conocimientos. Al cabo

de unos meses, gracias a este sistema, estarán en condiciones de ocupar puestos importantes por sí mismos.

Abramovich, recogiendo mis palabras, ha citado el ejemplo de un barbero que ha llegado a mandar una división y un ejército. Es verdad. Pero lo que no dice Abramovich, es que si han empezado a mandar divisiones y ejércitos algunos camaradas comunistas es porque, antes, habían sido comisarios agregados a comandantes especiales. Toda la responsabilidad incumbía al especialista, que sabía que había de responder íntegramente del menor error, sin poder disculparse por su condición de “miembro consultor” de un *bureau...*

Hoy, la mayor parte de los puestos de mando del ejército, sobre todo los inferiores, o sea los más importantes desde el punto de vista político, están ocupados por obreros y campesinos avanzados. Hemos elevado a los oficiales a los puestos de mando, hemos hecho comisarios a los obreros, y han aprendido a vencer.

Camaradas: entramos ahora en un período difícil, acaso el más difícil. A las épocas penosas de la vida de los pueblos y las clases les corresponden medidas implacables. Cuanto más avancemos, más fácil será la obra, más libre se sentirá todo ciudadano, más insensible será la coerción del estado obrero. Quizás entonces autoricemos a los mencheviques a publicar sus periódicos, admitiendo que haya todavía mencheviques. Pero ahora vivimos en una época de dictadura política y económica. Y esta dictadura es la que los mencheviques quieren destruir. Mientras luchamos en el frente de la guerra civil para proteger la revolución contra sus enemigos, su periódico escribe: “¡Abajo la guerra civil!”. Esto es lo que no podemos tolerar. La dictadura es la dictadura, la guerra es la guerra. Y ahora que hemos llegado a la más alta concentración de fuerzas en el campo del renacimiento económico, los kautskystas rusos, los mencheviques, siguen fieles a su vocación contrarrevolucionaria: su voz resuena como antes, como la de la duda y la derrota; destruye y mina, siembra la desconfianza y la debilidad.

¿No es monstruoso, a la par que ridículo, oír, en este congreso donde están reunidos 1.500 representantes de la clase obrera rusa, en que los mencheviques no figuran sino en una proporción del 5 por 100, mientras los comunistas constituyen las nueve décimas partes de la asamblea? ¿No es monstruoso, a la vez que ridículo, oír a Abramovich aconsejarnos que “no nos dejemos apasionar por semejantes métodos, mientras una minoría aislada sustituya al pueblo”? “¡Todo por el pueblo [dice el representante de los mencheviques], la masa laboriosa no necesita tutores! ¡Todo por las masas laboriosas, todo por su acción!” Y después: “No se convence a la masa con argumentos”. ¡Pero ved a la clase en esta sala! ¡La clase obrera está aquí delante de nosotros y con nosotros, y sois vosotros, ínfimo puñado de mencheviques, los que tratáis de convencerla con argumentos de pequeñoburgués! Vosotros sois los que queréis haceros tutores de esta clase. Pero esta clase tiene su actividad propia, de la que ha dado pruebas cuando os ha rechazado, cuando ha seguido adelante su propio camino.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es